

arte abstracto, quieren crearse un prestigio de herméticos y dan conferencias trazando números sobre una pizarra.

El tema es apasionante.

Tenemos de un lado esta definición: El cuadro abstrato se convierte él mismo en objeto y ambiciona encontrar en su propio condicionamiento sus leyes creadoras.

Pues bien, eso será justo aplicado a ciertas manifestaciones de la pintura actual, pero hasta para entender la pintura abstracta es insuficiente. Las definiciones encasillan y limitan los temas. Según ésta, que nos propone un arte limitado a simples ritmos decorativos, la pintura de hoy sería algo realmente desolador. Hay muchos que ya se apoyan cómodamente en ello para combatirla.

Para llegar a una apreciación estética de las artes es necesario estudiar separadamente los puntos de vista de sus técnicas especiales y las condiciones psicológicas e históricas en que las vemos producirse. Por eso, muchos de los juicios sobre pintura abstracta pecan de una terrible falta de perspectiva. Hasta los que dicen que el arte antiguo era esencialmente imitativo mientras el moderno es esencialmente no imitativo, se equivocan. El mismo Platón había ya proclamado la belleza de las formas geométricas, por no poner otros ejemplos. Si bien, insisto, no todo el problema de la pintura abstracta es cuestión de geometría.

La ausencia de realismo en el arte de hoy quizás se explique por ser el nuestro un período en que la sociedad occidental se muestra más racionalizada y más mecanizada que nunca. El arte parece dentro de esta sociedad una evasión del hombre hacia lo onírico o lo inefable.

Yo estoy más dispuesto a creer que sea así y que hay mucho menos de esencialismo y de pragmática de lo que se dice en torno al tema. A esa evasión no se llega por medio de un proceso intelectual. Es una necesidad apremiante que se cumple ansiosamente, frenéticamente, pisando algunas veces en el vacío.

También resulta un tópico decir que esa lucha en el vacío se debe a que la moderna cultura occidental ha centrado su base sobre el enigma del hombre, faltándole un ideal más allá de sí mismo.

Es una cosa estúpida, ¡como si la duda teológica, la más terrible, no hubiera existido nunca! Precisamente la desesperación de un teólogo es uno de los mejores ejemplos de existencialismo que se pueden poner.

Lo que sucede es que hay que ser muy obtuso para sentirse perfectamente tranquilo y seguro sobre la tierra.

La pintura más moderna, en contra de lo que se dice, no tiene nada de racionalista, sino que es evasiva y creadora de sueños, pues se trata de escapar de la realidad por la construcción de un mundo conforme a las leyes de nuestras propias emociones. Naturalmente, eso ha restaurado completamente el